

ligioso en general, sea sobre puntos concretos observados desde el ángulo de visión judío. Precedidos por una introducción en que se presentan reflexiones sobre el diálogo interreligioso dotadas de un fuerte componente biográfico, los trabajos que constituyen el cuerpo central de la obra forman grupos dirigidos, unos a cristianos (de interés el que trata de Jesús visto por judíos o la inquietante pregunta de qué hacen los cristianos con la Biblia judía), otros a musulmanes (por ejemplo, Mahoma como factor de unión, pero también de separación) y otros a judíos, para presentar a sus hermanos en religión los desafíos que se les plantean desde el diálogo interreligioso. No es muy frecuente poder asomarse a los planteamientos de alguien que por una parte ostenta sólidas raíces en su religión y vive espiritual e intelectualmente de ellas, y concretamente en una religión como el judaísmo, y por otra parte cree en las posibilidades que abre el diálogo y se entrega a su cultivo con realismo, conocimiento y constancia. Junto a ello, no se puede negar razón a la irónica observación del autor de que mucho del trabajo en el sector del diálogo interreligioso se realiza entre bastidores, en la aportación de materiales para la rápida preparación de conferencias convocadas demasiado tarde, en echar mano de manuscritos ya casi empolvados y refrescarlos, en la lucha con fotocopiadoras rebeldes y programas informáticos que se caen imprevisiblemente..., es decir, «gracias a un invisible ejército de voluntarios, que crean aquel “espacio seguro” en el que los hombres se pueden encontrar». Bueno es caer en la cuenta de ello y añadir estas colaboraciones ocultas pero imprescindibles a las de aquellos que dedican sus esfuerzos visiblemente a hacer avanzar el diálogo.—JOSÉ J. ALEMANY.

HISTORIA DE LA IGLESIA

PEDRO RIQUELME OLIVA, *Restauración de la Orden franciscana en España. La provincia franciscana de Cartagena (1836-1878). El Convento de San Esteban de Cehegín (1878-2000). Historia y Arte*, obra dirigida por Pedro Riquelme Oliva, O. F. M. Publicaciones Instituto Teológico de Murcia, OFM, Serie Mayor 34, Editorial Espigas, Murcia 2000, XXXVII + 665 pp.

Es de justicia indicar algunas circunstancias que han ayudado a la elaboración de esta obra. En primer lugar, el apoyo institucional de la Orden Franciscana a su propia historia. Limitándonos a España, ese interés es patente en obras tan importantes como la revista *Archivo Ibero-americano*, la reedición de las viejas crónicas provinciales, o la publicación de importantes colecciones de fuentes (entre las que merece una especial mención *Sinica Franciscana*). En el ámbito regional, la Provincia Franciscana de Cartagena ha demostrado su gran sentido histórico al encargar,

en el capítulo provincial de 1996, al P. Pedro Riquelme Oliva la prosecución de la historia de la Provincia que escribió en el siglo XVIII el cronista Fray Pablo Manuel Ortega. Nadie mejor que el P. Riquelme para realizar el encargo. En su tesis doctoral, publicada en 1993 con el título *Iglesia y Liberalismo. Los franciscanos en el Reino de Murcia, 1768-1940*, nos dejó una descripción completa del estado de la Provincia a finales del Antiguo Régimen, y de sus vicisitudes en el primer tercio del siglo XIX hasta la excomunión. Nada más acertado que proseguir esa historia. Afortunadamente, en este caso, un buen historiador franciscano ha encontrado el apoyo generoso de su Orden y de unos superiores conscientes de la importancia de la historia para conocer la propia identidad.

Consecuencia de este apoyo institucional es la programación de un amplio plan de investigación y publicaciones. El propósito del autor es claro: «Prendemos, en los próximos volúmenes, continuar la historia y el arte del resto de los conventos que componen la actual Provincia franciscana de Cartagena, desde su restauración hasta hoy» (p. XXIII). En 1994 apareció el modelo de los volúmenes previstos, con el libro *El Monasterio de Santa Verónica de Murcia. Historia y Arte*. Es un libro colectivo, al igual que el segundo, que acaba de aparecer. En ambos el P. Riquelme es el director de la obra conjunta y el autor principal de la parte dedicada a la historia. La parte dedicada al arte es obra de varios autores, que se ocupan de la arquitectura, pintura, escultura y artes suntuarias. La elaboración y publicación de estos libros de *Arte e Historia* es uno de los resultados de la colaboración cultural firmada entre la Universidad de Murcia y el Instituto Teológico Franciscano, que aparecen como coeditores de los dos volúmenes publicados. El resultado material de esta colaboración ha sido espléndido. Son libros editados con pulcritud y elegancia, de gran formato (30 × 21 cm.), con distinto tipo de papel para sus dos partes, de Historia y Arte, la segunda con abundantes fotografías en color.

El contenido del libro que ahora reseñamos es muy valioso. La parte histórica es un largo estudio de 445 páginas. Contiene once capítulos y un apéndice documental. El argumento básico es la restauración de la Orden franciscana en su provincia de Cartagena (caps. 1 al 9), que comenzó en el convento de Cehegín (cap. 10), lo que justifica que se añada la reseña histórica de este convento hasta la actualidad (cap. 11). El P. Riquelme es el autor de todos los capítulos, excepto el séptimo (en el que Víctor Sánchez se ocupa de los colegios de misioneros de Priego y Santiago, con publicación de importantes documentos), y el último (escrito por F. Javier Gómez Ortín).

Riquelme ha realizado un estudio ejemplar sobre la restauración franciscana en tierras murcianas. Ha utilizado para ello el mejor instrumento, que es una abundante documentación manuscrita, consultada en no menos de veinte archivos, entre los que destaca el de la Curia General de la Orden en Roma, donde se conserva la riquísima correspondencia entre los comisarios provinciales y los vicarios apostólicos. Los datos se han completado con otros valiosos documentos (actas, crónicas, patentes, registros, etc.), con las noticias tomadas de fuentes impresas (boletines, revistas franciscanas, libros y folletos) y con una bibliografía muy completa. La exposición histórica se ofrece en una periodización que responde a tramos cronológicos adecuados a la realidad de los hechos. Cada uno de esos períodos suele presentarse de manera concéntrica, empezando por el marco o ambiente general de la España del momento, y siguiendo por la aplicación de esa problemática en las tierras murcia-

nas, para descender a los avatares concretos de la historia franciscana. Con estos recursos el autor ha conseguido garantía y claridad en el tratamiento de una historia complicada.

La complicación de esta historia procede de la complejidad que encierra el proceso restaurador de las congregaciones religiosas en general, y de los franciscanos en particular. El autor no se ha contentado con narrar el proceso restaurador desde la restauración del primer convento murciano en 1878, sino que ha procurado investigar los cimientos de esa historia, que se hunde en los largos y oscuros años de la exclaustación. A este largo período intermedio de cuatro décadas dedica el autor gran parte de su investigación. Después de describir la ejecución de la supresión de los 54 conventos franciscanos en Murcia en los años duros de 1835 a 1836 (cap. 1), se nos descubre la situación en la que quedaron los casi setecientos religiosos exclaustados: sus vicisitudes, tribulaciones y colocaciones (cap. 2), su situación jurídica y el nombramiento de sus superiores o comisarios (cap. 3), la estructura y gobierno del franciscanismo exclaustado hasta el concordato de 1851 (cap. 4) y la serie de los comisarios provinciales que conservaron la jurisdicción sobre los observantes de la Provincia de Cartagena y sobre los descalzos de la Custodia de San Pascual (cap. 5). La reconstrucción de la historia de los exclaustados ha sido posible gracias a la recolección de unos datos tan dispersos como los fragmentos de una vasija quebrada. Con esos fragmentos se ha logrado recomponer la historia colectiva de los exclaustados, partiendo de la lista completa de todos ellos, desde 1835 hasta 1910, que ha sido elaborada con datos tomados de varias publicaciones, fuentes y archivos (Apéndice 1, pp. 420-434). Detrás de cada nombre se ofrece información sobre dieciséis datos diferentes.

Los exclaustados eran una grey dispersa, pero grey al fin, en la que aparecen diferencias y semejanzas. Cada exclaustado siguió su rumbo, y procuró obtener un medio de vida en oficios muy variados al servicio de las parroquias, en la enseñanza, en capellanías de monjas o de santuarios. Salvo excepciones (como Juan Calderón, que se hizo protestante) se mantuvieron fieles a la Iglesia y unidos en el ideal franciscano y en la nostalgia del claustro. Los que vivían aislados procuraban mantener contactos epistolares, y si llegaban a formar grupo comunitario, como en la ciudad de Murcia, mantenían la unidad moral. Aunque aquellas fidelidades tenían sus matices. La necesidad de subsistencia explica que algunos acataran la circular cismática de Alonso en 1841, o que juraran la Constitución de 1869. Acostumbraban a llevar el hábito debajo de la sotana, pero no todos tuvieron fuerzas para volver al claustro en 1878, cuando habían pasado más de cuarenta años desde la exclaustación, y se encontraban demasiado viejos para abandonar la vida parroquial.

Los pastores de esta grey dispersa y condenada a la extinción eran los comisarios provinciales. Los comisarios murcianos (seis de la Provincia y cinco de la Custodia) forman una galería de personajes curiosos, entre los que se destacan el P. Luis Godínez y el P. Francisco Manuel Malo. Pero lo más interesante es la ambigüedad del cargo que representan, pues los obispos ejercían también la jurisdicción sobre los religiosos, como delegados apostólicos. Los comisarios parecían superiores fantasmales de un cuerpo desvertebrado. Sin embargo, intervenían en el gobierno de los conventos de monjas y de los terciarios, nombraban vicarios y confesores de religiosas, concedían indulgencias y nombramientos, daban licencias para bendecir hábitos y mortajas, y transmitían los permisos para que los exclaustados pudieran adquirir bienes, heredar

o testar. A pesar de las limitaciones que la realidad imponía al ejercicio de su jurisdicción, los comisarios «mantuvieron el rescoldo humeante de una esperanza» (p. 198).

Sobre los cimientos de una exclaustación que conservó el espíritu y la esperanza, se edifica todo el proceso de la restauración. Riquelme describe los orígenes de la restauración franciscana en Murcia partiendo del Concordato de 1851, que en su artículo 29 ofrecía la posibilidad del restablecimiento de las comunidades religiosas como misioneros de Ultramar, o auxiliares de los obispos en determinadas funciones pastorales. Los prolegómenos de la restauración murciana se sitúan en los intentos que se dieron durante la época isabelina, de 1851 a 1868 (cap. 6) y el sexenio democrático, de 1868 a 1874 (cap. 8). Durante esos años se extiende el espíritu restauracionista, y se logran las primeras restauraciones de algunas provincias franciscanas, gracias al establecimiento de los primeros colegios de misioneros. Los de Priego y Santiago, destinados a las misiones de Tierra Santa y Marruecos, se relacionan con el intento de su traslado a tierras murcianas, y tuvieron como principales protagonistas a los Padres Godínez y Malo. El P. Víctor Sánchez publica, en 26 documentos, la correspondencia de los dos restauradores franciscanos con el Nuncio Barili y el vicecomisario Albiñana (cap. 7).

La restauración definitiva de la provincia franciscana de Cartagena se logra en el convento de Cehegín por obra del P. Malo, que además de ser rector del convento de Santiago era comisario provincial de Cartagena. Riquelme nos hace un excelente relato de aquella restauración fijándose en sus fundamentos jurídicos (aprobaciones estatales y eclesiásticas), en la elección de la casa matriz (el convento de Cehegín) y en el autor de la empresa (el P. Malo). El autor estudia el asunto al detalle en los capítulos 9 y 10, con un entusiasmo contagioso, que no empaña la objetividad. La restauración en Cehegín fue admirable, pero la comunidad primitiva tenía sus deficiencias. Por de pronto, de los 49 exclaustados que aún vivían en 1878, solamente doce se decidieron a regresar al convento, y no todos aguantaron. El P. Malo era una personalidad asombrosa, pero discutible en el enfoque que dio a la restauración de su Provincia. Parece que había dos modelos de restauración. Frente a una restauración que intentaba hacer una renovación acomodada a los tiempos y basada en unos estatutos nuevos, se imponía otra restauración que buscaba, ante todo, enlazar con el sistema antiguo, interrumpido hacía cuatro décadas, readmitiendo a los exclaustados sin selección, y potenciando la vida pastoral con menoscabo de una formación más intensa. La actitud del P. Malo y de la primera comunidad de Cehegín parecen seguir este segundo modelo. Eran opciones que, a nuestro juicio, no empañan el mérito de la obra, y que seguramente venían forzadas por las circunstancias y las demandas pastorales. Lo más urgente era echar a andar, y dejar que la marcha formara la vereda.

Hay que felicitar al P. Riquelme por su trabajo histórico denso, rico en detalles perfectamente encajados en su contexto. Ha sabido juntar la especialidad con la amenidad, la sabiduría con el entusiasmo. Se lee con gusto una historia así, muy completa, en la que se combinan lo ambiental, lo biográfico, lo anecdótico.

El capítulo 11 tiene un estilo y enfoque distinto a los anteriores, pues ofrece, en apretada síntesis, cien años de actividad franciscana: *La comunidad de Cehegín (1878-1880)*. Es obra del P. Francisco Javier Gómez Ortín, autor, entre otras obras, de una *Guía Maravillense*, sobre la historia de la devoción a la Virgen de las Maravillas, que se venera en el convento de Cehegín desde 1725 y es patrona del pueblo. El

capítulo está muy logrado, porque ofrece curiosos detalles de sabor local y devocional, y describe las múltiples funciones del convento y las variadas actividades de los franciscanos. Ha sido una casa para todo: noviciado, estudiantado, colegio de misioneros, curia provincialicia, sede capitular, guardanía, colegio seráfico, escuela primaria, colegio de Bachillerato, parroquia, santuario patronal, convento e iglesia. Intercalados en estos destinos, hay pasajes narrados con gran acierto. Por ejemplo, la historia de la devoción a la Virgen de las Maravillas, los apuros económicos del convento (que se salvaban «con todos los medios imaginables», desde limosnas hasta festivales benéficos), los distintos centros educativos empezando por los niños «seráficos», los nombres de los hermanos legos con alusiones a su carácter o a sus oficios, la Pía Unión y la Juventud Antoniana, y sobre todo, el relato dramático de la expulsión de la comunidad en 1936.

La segunda parte del libro, dedicada al arte del convento de Cehegín, no desmerece de la primera. Una y otra se completan a la perfección. Los autores y temas son los siguientes: Jesús Rivas Carmona: «Arquitectura y etapas constructivas del convento e iglesia» (cap. 12); José Carlos Aguera Ros: «Pintura» (cap. 13); M.^a Carmen Sánchez-Rojas Fenoll: «Patrimonio escultórico» (cap. 14); Concepción de la Peña Velasco: «Retablos» (cap. 15), y Manuel Pérez Sánchez: «Artes suntuarias» (cap. 16). Los cuatro autores son profesores en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Murcia, y han realizado un trabajo de gran calidad, propio de expertos. Todos ellos, además, colaboraron en el libro del Monasterio de Santa Verónica, lo que proporciona unidad al estudio del patrimonio artístico franciscano. Cada capítulo contiene dos partes. Primero se hace una introducción adecuada, con un estudio histórico-artístico basado en fuentes documentales. Son estudios muy meritorios, por la metodología empleada; y muy necesarios para conocer a fondo el patrimonio artístico de lugares como el convento de Cehegín, que han sufrido tantas transformaciones y expolios en detrimento de su arquitectura y decoración. En segundo lugar, en cada capítulo se presenta el catálogo de las obras existentes en la actualidad, con una descripción técnica de cada una. Nada se ha omitido. Desde la bellísima imagen napolitana de Nuestra Señora de las Maravillas, hasta las últimas imágenes de cartón piedra, que, aunque carecen de valor artístico, son testimonios de los gustos, carestías y devociones en años difíciles.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

JOSÉ MARÍA RIAZA MORALES, *La Iglesia en la Historia de la Ciencia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1999, 319 pp., ISBN 84-7914-444-0.

A partir de la Ilustración han surgido muchas críticas a la Iglesia por ser considerada responsable de un cierto oscurantismo que se opondría al desarrollo de la cultura occidental; desde estas perspectivas, la esposa de Cristo era considerada como una enemiga del avance del conocimiento y la ciencia. Una obra como la que nos presenta el jesuita P. Rianza, ayuda a iluminar la estrecha relación que se ha dado entre la Iglesia y el desarrollo científico. A la vista de los datos aportados por el autor, tenemos que afirmar que el mundo científico occidental —que se ha extendido a to-